

Jamás miró tan alto ni con tanta claridad la conciencia judía como en esta hora solemne. Los acentos más hermosos del genio profético son de aquel año decisivo, 536. Un inspirado, cuya voz tal vez se había oído ya en los manifiestos proféticos que señalaban cada fase del sitio, resonó en aquel momento, con una serie de composiciones escritas probablemente en los días siguientes a la toma de Babilonia. Este desconocido alcanzó el más alto grado al que pudo llegar el pensamiento de Israel.

El defecto corriente de la teología de Israel es su particularismo. Jehová nos extraña porque es el dios nacional de los hijos de Jacob. El libro hebreo más bello es el Libro de Job, porque el Dios de Job es realmente un Dios absoluto. El gran anónimo de quien hablamos, cuyo estilo suele recordar el Libro de Job, y que seguramente lo había leído, está asimismo en las cimas del monoteísmo más puro.

La superioridad del gran anónimo se halla en su modo de abarcar el género humano. Según él, la misión de Israel es única, excepcional, pero esa misión es benéfica para el mundo. La fijación de la religión verdadera será la obra de Israel. Como esa fórmula es precisamente la misma a que llega la ciencia crítica, merece lugar aparte el desconocido que escribió estas páginas extraordinarias, las más hermosas que en aquel tiempo pudo trazar mano de hombre.

Pensamos que su autor las puso a conciencia a continuación del tomo de Isaías, y quiso que se atribuyeran a aquel profeta. La aceptación, en cualquier caso, fue rápida. Lo mismo sucedió con Jeremías. Hay un deuterio-Jeremías, como un deuterio-Isaías. Las predicciones puestas así bajo el nombre de un profeta conocido, alcanzaban una autoridad que no podía alcanzar ningún particular. Desde Jeremías a Ezequiel nadie se había atrevido a desempeñar esta función temible, que suponía una profesión pública de inspiración y una docilidad en las masas que cada día abundaba menos. Nuestro anónimo no fue, pues, profeta calificado; fue probablemente tan desconocido para sus contemporáneos como lo es para nosotros. Era la conciencia anónima de la acción que, imitando a los antiguos maestros inspirados, les hacía decir lo que deseaba el consuelo del tiempo. Resumiendo, la profecía iba acabando. Se ampliaban los li-

bros antiguos, para llegar luego a composiciones puramente apócrifas, como pseudo-Daniel, pseudo-Baruch, pseudo-Henoch, pseudo-Esdra.

La voz del desconocido tomada por la de Isaías era tan profunda, que parecía la de Jehová, salida del fondo de su santuario para intimar a sus devotos el nuevo santo y seña. Anunciaba a Israel que se preparase para volver a Jerusalén, guiado por Dios cuya obra había sido la victoria de Ciro. Contra éste decía que se formaban ligas, cuyo esfuerzo sería inútil.

El anónimo llamaba «servidor de Dios» a Israel, no al Israel profano, mezcla de bien y de mal, en que solía encontrar contrariedades la palabra de Dios, sino al Israel pietista, a los pobres, a los *anavim* depositarios del porvenir religioso. Podrá esa congregación de gente santa estar sujeta a críticas y censuras, pero sólo para ella tiene Dios atenciones. Conquistará el mundo con un apostolado lleno de mansedumbre. La ceguera, las tinieblas, la prisión son el estado actual de la humanidad. El pueblo profeta lo arreglará todo.

Se oirá un cántico nuevo: el de la emancipación. Jehová recogerá de todos los lados de la tierra los miembros dispersos de su elegido. Los persas, recompensados por el beneficio hecho a Israel, serán dueños de Egipto y Etiopía. Los dioses paganos nada han podido evitar.

El anónimo señala incluso con el nombre de Ciro al que ha de realizar los designios de Jehová.

Existía gente dudosa de la palabra de Jehová y que insistía en la imposibilidad de cruzar el desierto para volver a Jerusalén. Decían con cortesía fingida, y bastante irónicamente: «Que aparezca Jehová y con mucho gusto contemplaremos vuestro júbilo.» Algunos se atrevían a decir que los falsos dioses habían revelado también cosas igualmente bellas. El nuevo Isaías defiende enérgicamente que sólo Jehová puede emitir oráculos verdaderos. Las profecías del pasado, realizadas ya, demuestran que las actuales se realizarán también. Dios, que guió antes a Israel a través del desierto, lo sabrá guiar de nuevo sin que padezca sed. El servidor de Dios es detestado ahora. Sufre pacientemente los tratos más indignos, pero él se desquitará. Jerusalén verá en su seno a toda una generación nacida en el destierro, a la que no conoce.

Al exaltarse cada vez más, el autor combina, con rasgos tomados del tipo de Jeremías, matices que parecen tomados anticipadamente a Jesús. El servidor de Dios crea una ley para todos los pueblos. Funda una justicia, una salvación que durarán más que el cielo y la tierra. Se halla ahora encarcelado, pero no morirá en su calabozo.

En una de las páginas más raras que se han escrito, el vidente nos muestra al servidor de Jehová en forma de víctima. Jeremías, muerto cuarenta años antes y cuya figura crecía diariamente, interviene en sus alucinaciones y viene a completar el ideal del hombre de dolor. Finalmente, Jehová sanciona la apoteosis de su gran servidor, hecho personificación del pueblo.